

Fuente: Klappenbach, H. (2008). Luis Felipe García de Onrubia: de la crítica al análisis factorial, a la consideración de Sartre y Freud. *Temas de Historia de la Psiquiatría Argentina*, 25, 24-30. Agosto-Septiembre 2008.

LUÍS FELIPE GARCÍA DE ONRUBIA: DE LA CRÍTICA AL ANÁLISIS FACTORIAL, A LA CONSIDERACIÓN DE SARTRE Y FREUD

Hugo Klappenbach¹

Antes de la profesionalización de la psicología en Argentina, fenómeno que se desplegaría a partir de la década de 1960, las contribuciones a la psicología provenían de campos diversos, desde la filosofía hasta la medicina, criminología o educación (Ingenieros, 1919). Inclusive, a partir de 1920, ha sido posible identificar un período de psicología filosófica en Argentina, caracterizado por una reflexión sobre la personalidad humana próxima a la antropología filosófica y que maduraría en personalidades de singular relieve como Coriolano Alberini, Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli o Luis Juan Guerrero (Klappenbach, 2006). En ese marco, no es de extrañar la preocupación por temáticas psicológicas en personalidades formadas en el campo de la filosofía, aun algunas décadas después, como fue el caso de Luis Felipe García de Onrubia.

García de Onrubia había nacido el 1º de agosto de 1914 en Buenos Aires, donde falleció el 7 de septiembre de 1986. Se graduó en filosofía en la Universidad de Buenos Aires en 1939 y diez años después obtuvo su doctorado en la misma universidad con una tesis sobre Spearman. Entre 1940 y 1947 se trasladó a la Universidad de Cuyo para dictar *Introducción a la Filosofía y Psicología*, institución de la que se alejaría, debido a “un entredicho con el Padre Sepich” (Oonah Murphy, comunicación personal, 1999). Posteriormente se incorporó a la Universidad de Buenos Aires, donde estuvo a cargo del Segundo Curso de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras, entre 1948 y 1955, y donde sería más tarde docente de la Carrera de Psicología, creada en 1957.

Es posible encontrar en el pensamiento de García de Onrubia numerosos puntos de contactos, aunque también divergencias, con otros referentes de aquella psicología filosófica, como Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli, Luis Juan Guerrero o sus contemporáneos Luis María Ravagnan y Plácido Horas.

Por una parte, a lo largo de toda su obra, García de Onrubia compartiría con todos ellos la crítica a la psicología atomista y experimental. Desde la posición de García de Onrubia dos razones permitían explicar la raíz de la psicología atomista y experimental. La primera, se derivaba de la amplia difusión alcanzada por la doctrina de la matematización de la naturaleza a partir de Galileo. “Todo el curso de la psicología moderna ... puede ser referido a este proceso que se inicia con Galileo” (García de Onrubia, 1971). Y la segunda razón, obedecía al peso de la psicología de la conciencia, la cual pretendía convertir en paradigma de todo conocimiento, aquél surgido de la evidencia e inmediatez del cogito (García de Onrubia, 1971, 1979).

En la misma dirección, García de Onrubia rescataría, coincidiendo con Ravagnan, la importancia de la psicología del acto, la cual, iniciada en Brentano, señalaría la radical diferencia entre los fenómenos físicos, básicamente contenidos, y los psíquicos, centrados en el acto de aprehensión de tales contenidos:

“Frente a lo físico que es contenido, llámese color, figura o acorde, lo psíquico es el acto de ver el color, captar la figura, oír el acorde; frente a lo físico contenido representado, lo psíquico es el acto de representarlo” (García de Onrubia, 1953, p. 18).

¹. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Universidad Nacional de San Luis.

En cualquier caso, aplicando un criterio generacional en sentido bien amplio, García de Onrubia, podría encuadrarse dentro de la llamada generación del cuarenta, especialmente analizada para el estudio del pensamiento político y la literatura (Baumgart, Arnaud & Luzzani-Bystrowicz, 1980; Carilla, 1954). Desde ya, un esquema generacional como el propuesto por Ortega y Gasset y Julián Marías (1949), no deja de presentar dificultades. En relación con la conocida generación del ochenta, Adolfo Prieto reconocía los reparos y las posibilidades del concepto:

“El concepto de ‘generación’ ha sido definido y controvertido con insistencia en los trabajos de muchos críticos e historiadores de la cultura. Y muy frecuentemente, suele desencantar a aquellos que intentan aplicarlo a ciertos fenómenos culturales, tantas son las excepciones, las correcciones y los malos entendidos que se producen... En efecto, ...el concepto de ‘generación’ se apoya en el supuesto de que los hombres nacidos y criados alrededor de un mismo eje cronológico, y sometidos a parecidas presiones sociales, tienden a comportarse y a expresarse según módulos que reflejan esa comunidad de origen y de experiencias. Pero rara vez, o nunca, un grupo humano sufre exactamente las mismas experiencias ni sufre de igual modo la presión del mismo fragmento de la historia. De ahí el error que se sigue de utilizar el concepto de ‘generación’ sin los infinitos recaudos que su buen empleo requiere (...)

La aceptación de todos estos reparos no impide, sin embargo, admitir que en determinadas ocasiones el uso del esquema generacional puede resultar bastante efectivo para el análisis de algunos fenómenos culturales...” (Prieto, 1980, p. 49).

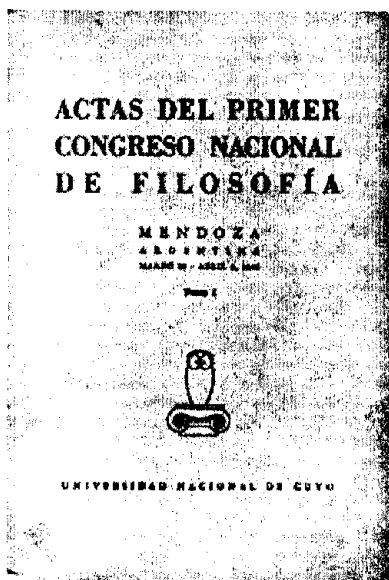
Por su parte, uno de los más conocidos impulsores de la periodización generacional en el pensamiento argentino, Diego Pró, advertía que “el criterio generacional nos parece adecuado para estudiar la historia del pensamiento argentino, siempre que

el concepto de generación conserve su contenido histórico-cultural y su empleo no sea automático” (Pró, 1973, p. 153).

Pero aún con todos los reparos, caracterizaciones como la de generación del ochenta o generación del cuarenta están ampliamente extendidas por el uso, aun cuando la última generara más de una polémica (Baumgart, Arnaud & Luzzani-Bystrowicz, 1980). En cualquier caso, la pertenencia de García de Onrubia a la generación del cuarenta, pertenencia compartida con Luis María Ravagnan y Plácido Horas, implica que, aun cuando coincidiera con personalidades de la generación anterior como Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli en la crítica a la psicología atomista, se distanciara de ellos en tres cuestiones principales.

La primera diferencia, es que para García de Onrubia la diversidad de renovadas propuestas para la psicología, constituían un signo de preocupación. En ese sentido, aun cuando volvería sobre el tópico de la crisis de la psicología, la crisis de García de Onrubia no tenía el significado de la crisis señalada por Romero o Pucciarelli. Mientras para estos últimos la crisis había consistido en la substitución de la psicología experimental de laboratorio por una gran variedad de propuestas de corte comprensivo, fenomenológico, estructuralista o histórica, la crisis que inquietaba a García de Onrubia era precisamente la de la pervivencia de esa gran diversidad de perspectivas sin centro alguno. En sus prime-

ros trabajos, esta crisis podía ser entendida como una crisis de “constitución y fundamentación”, comparable con las que “periódicamente se producen en toda ciencia a raíz de la aparición de hechos nuevos”. (García de Onrubia, 1945, p. 161). Por el contrario, pocos años después, la crisis se había producido, sobre todo, “por exuberancia, por crecimiento repentino y súbito” (García de Onrubia, 1949, p. 12), idea que iba a reiterar en su ponencia en el Primer Congreso Argentino de Filosofía (García de Onrubia, 1950) y que sería



retomada también por Plácido Horas pocos años después (Horas, 1954). Es decir, García de Onrubia consideraba que la crisis que vivía la psicología, debía ser vista “como una de las formas que adopta la pujanza de que está animada esta disciplina muy reciente” (García de Onrubia, 1949, p. 12). En cualquier caso, lo que permanecía en una y otra interpretación, era el diagnóstico de una disciplina en crisis de fragmentación. En tal dirección, García de Onrubia se sumaría a la corriente de opinión, cada vez más extendida a medida que avanzaba la década de 1950, que plantaba la necesidad de la unidad de la psicología:

“Abundancia de hechos y carencia de principios para interpretarlos y sistematizarlos; tal uno de los caracteres de esta crisis que nos preocupa. La posibilidad de superarla –posibilidad decisiva para el destino de la Psicología- ha de radicar en la aproximación de hechos y teorías, en la congruencia y armonía de los principios teóricos con las observaciones que se multiplican y afinan sin cesar. Será éste uno de los medios para lograr que se supere la multiplicidad de tendencias y direcciones y se introduzca la unidad dentro de la inquietante variedad actual. El reclamo de unidad es cada vez más imperioso. Varios psicólogos o escuelas han tomado sobre sí la tarea de reducir la anárquica multiplicidad mediante una teoría homogénea, verdaderamente unificadora de las tendencias encontradas y que proporciones a la Psicología de una vez por todas el carácter científico que reclama –y no parece justificar- desde hace mucho” (García de Onrubia, 1949, págs. 13-14).

En ese contexto, García de Onrubia rescataba la importancia de la psicología de la forma. Pero si podía compartir con Pucciarelli y Romero la recurrencia a Köhler y Koffka, García de Onrubia incorporaba a Kurt Lewin y la teoría del campo. La teoría del campo, al posibilitar el estudio de la conducta del hombre en situación, era definida como “el más seguro instrumento conceptual de una psicología de la estructura” (García de Onrubia, 1950, p. 1371). Y aun cuando García de Onrubia advirtiera del peligro de disolver el yo, en la constelación en la que se encontrare, no dejaba de reconocer que la teoría del campo constituía

una de las más firmes promesas de superar la crisis de la psicología.

“Esta reiterada presencia de la noción de campo en las explicaciones de la Gestaltheorie, no sólo le atribuye una importancia decisiva para la formación de una teoría psicológica que surge de la conciencia de la crisis y pretende resolverla en un sentido preciso, sino que también permite replantear en su totalidad los problemas de la psicología sistemática” (García de Onrubia, 1950, p. 1372).

Al mismo tiempo, la teoría del campo, posibilitaba una aproximación a la cuestión de la conducta, toda vez que la “lógica del campo es, sobre todo, un intento de explicación del comportamiento de los objetos como determinados por la estructura del campo del cual forman parte” (García de Onrubia, 1950, págs. 1370-1371). En ese sentido, García de Onrubia, como Ravagnan y Plácido Horas, comenzaría a familiarizarse con el problema de la conducta, como temática central de estudio de la psicología, sin por ello adscribir a posiciones conductistas. En efecto, si aun en los Estados Unidos, la adhesión al conductismo sería muy lenta en las primeras décadas del siglo, y sólo sería aceptado de manera casi general, al promediar el siglo (Samelson, 1981), fuera de Estados Unidos, se desarrollaron variadas formas de psicologías del comportamiento independientes del conductismo norteamericano. Mientras algunas de esas formas se iniciarían en Francia aun antes del conductismo (Dagfal, 2002; Fraisse, 1970; Piéron, 1927/1958c), con los trabajos tempranos de Henri Piéron (1908/1958a, 1915/1958b), otras reconocerían una marcada impronta neoescolástica (Piñeda, 2005), y otras se inspirarían en la tradición pavloviana (Razran, 1965; Ruiz, Sánchez & de la Casa, 2003; Windholz, 1983).

Entonces, así como en Ravagnan, esa tendencia comportamentalista se imponía desde una matriz lagacheana, en García de Onrubia, desde una matriz gestáltica-lewiniana, aun cuando tampoco desconocía los aportes de Lagache (García de Onrubia, 1956).

Una segunda diferencia en la crítica a la psicología atomista, consistía en que García de Onrubia, siguiendo

do a Eduardo Nicol, consideraba que el auge de la antropología filosófica se había originado, por la “demostrada incapacidad de la psicología para afrontar y resolver el problema del hombre, ya que lo que la antropología nos dice de él es de contenido psicológico” (García de Onrubia, 1945, p. 167). En este punto, aun cuando García de Onrubia se aproximaba a los planteos de Scheler y Cassirer, para quienes la antropología filosófica incluía, entre otros, conocimientos psicológicos, su operación significaba una nueva inflexión del tema, también diferenciada de la de Francisco Romero. En efecto, si Francisco Romero había enfatizado una delimitación precisa del campo de la antropología filosófica y de la psicología -la cual, desde ya, no excluía múltiples aristas en común-, García de Onrubia desdibujaba las diferencias entre ambos campos, al considerar que la antropología filosófica había surgido por las carencias de la psicología concreta.

En tal dirección, también eran renovadas las referencias que nutrían el pensamiento de García de Onrubia. Porque, por una parte, persistían los autores afines a la generación anterior, en particular Dilthey, Spranger o Köhler. Pero, por la otra, García de Onrubia le otorgaría mayor peso a Husserl -quien ya había sido incorporado por la generación anterior-, destacando que entre los variados aspectos de su obra, “interesan ahora aquellos que hacen posible la constitución de una psicología intencional” (García de Onrubia, 1953, p. 26). Y sobre todo, García de Onrubia se inclinaba hacia las nuevas corrientes de una psicología concreta del hombre en situación, dominio en el que reconocía los aportes de Politzer, Burloud y Nicol (García de Onrubia, 1945) o inclusive hacia una psicología del sentido, próxima a la hermenéutica, en la que subrayaba la importancia de Freud (García de Onrubia, 1956):

“El germen de esa búsqueda del sentido se ubica en la historia personal de Freud en torno al año 1895 y se encuentra estrechamente vinculada al autoanálisis cuya significación ha valorizado brillantemente Anzieu” (García de Onrubia, 1979, p. 33).

Por otra parte, desde comienzos de la década de 1950, García de Onrubia sería insistente en la introducción del existencialismo sartreano para la reflexión acerca de los temas de la psicología (García de Onrubia, 1953, 1954). La problemática de la intencionalidad, de la imaginación y de la emoción, favorecieron una lectura temprana de Sartre en el país, sostenida en las versiones originales de *L'imaginaire*, *Psychologie phénoménologique de l'imagination* (Sartre, 1940), *L'imagination* (Sartre, 1948) y *Esquisse d'une théorie des émotions*. Y aun cuando García de Onrubia no ocultaría críticas al pensamiento de Sartre, lo haría en el marco de un reconocimiento manifiesto por los caminos abiertos por la indagación sartreana:

“No puede dudarse que Sartre logra constituir de la manera que se ha señalado, una psicología fenomenológica de la imagen y de la emoción que, sea cual fuere el juicio que merezcan, deben ser tenidas en cuenta en todo tratamiento actual de la cuestión. Es imposible, después del fino análisis de Sartre y del cúmulo de pruebas que reúne, seguir concibiendo la imagen como un contenido de conciencia que se caracteriza por su debilidad o por su falta de nitidez y que sólo difiere de la percepción en su prescindencia de estímulos actuales. Sin que pueda suponerse que las conclusiones de Sartre son definitivas en lo que a la imagen se refiere, parece seguro que su investigación inicia una nueva época y abre un camino susceptible de brindar fecundas realizaciones. Otro tanto puede decirse de la emoción. Siguiendo la inspiración de Husserl, Sartre pone en evidencia la estructura afectiva del mundo al concebir la afectividad como una de las varias formas de la vida intencional. Nos libera, así, de la conciencia afectiva entendida como pura vida interior, como subjetividad que adscribiría su inefable matiz afectivo a contenidos representativos en sí mismos neutros” (García de Onrubia, 1953, págs. 68-69).

En esa lectura crítica de Sartre, García de Onrubia destacaba que, aun cuando el pensador francés rechazaba las teorías corrientes de la vida afectiva, por ejemplo las del funcionalismo, conservaba, sin embargo, la convicción acerca del “carácter negativo de la emoción”

(García de Onrubia, 1954, p. 215). En tal dirección, García de Onrubia se inclinaba por una perspectiva de la emoción que, si bien debía ser crítica de las teorías clásicas, posibilitara rescatar las experiencias cotidianas originarias.

La tercera diferencia ente García de Onrubia y los pensadores de la generación que lo precedieron, era que aquel reclamo de unidad de la psicología, no era únicamente especulativo. Al contrario, García de Onrubia mostraba una preocupación por las aplicaciones de la psicología, aun cuando, debido a su formación, él mismo se dedicara tangencialmente a la psicología aplicada.

En efecto, en los inicios de la década de 1960, García de Onrubia publicaría un trabajo en colaboración con Lilia Deniselle de Maci, centrado en la observación de niños con carencias afectivas en una institución de internados del Gran Buenos Aires. El trabajo ya se inscribía en la orientación fuertemente clínica que caracterizaría a la psicología argentina a partir de esa década (Vilanova, 1995). Es de destacar la aproximación elegida para el trabajo de campo por parte de los autores (posiblemente realizada por una de ellos), centrada en la observación de los niños en situación y en entrevistas personales, es decir metodologías que respondían bien a las invocaciones de una psicología comprensiva o del sentido. Sin embargo, las referencias teóricas ya habían desplazado todo resabio de neokantismo y aun de fenomenología o sartrismo, no obstante que para la temática de estudio hubieran sido más que apropiados. En efecto, la perspectiva teórica ya se había desplazado hacia el psicoanálisis, en este caso con fuerte acento en la obra de Spitz y, en general de la denominada escuela del yo americana.

Unos pocos años antes, García de Onrubia (1956) ya había enfatizado la importancia de Freud para el desarrollo de la psicología. Y al lado de algunas cuestiones teóricas de envergadura, como la distinción entre consciencia y vida psíquica o la importancia del sentido para la comprensión de la conducta, subrayaría el “sentido biográfico y personal de la medicina de Freud”, en

la constitución de una psicología clínica, que “aspira a comprender el caso singular y concreto ... en su intransferible y único modo de ser” (García de Onrubia, 1956, p. 688). Tal vez no sería aventurado afirmar que el desarrollo notable del psicoanálisis en el país, se hubiera visto favorecido, por la conjunción de esos dos factores: por una parte, por una aproximación epistemológica, la cual desde Dilthey en adelante, recusaría los enfoques cuantitativos y experimentales, orientación fuertemente arraigada en el pensamiento argentino desde el Centenario (Klappenbach, 1999); por la otra, las posibilidades de inserción práctica y técnica que el método psicoanalítico posibilitaría, a partir de su énfasis en una clínica sustentada en la singularidad del sujeto.

En cualquier caso, García de Onrubia había comprobado tempranamente que la psicología “constantemente amplía su campo de acción y sus horizontes de aplicación práctica” (García de Onrubia, 1949, p. 11). Una reflexión de tal naturaleza había estado ausente en pensadores como Romero y Pucciarelli y justifica distinguir dos momentos bien diferenciados en aquella etapa de la psicología filosófica en Argentina.

Por otra parte, el interés de García de Onrubia en la obra de Spearman —la cual, sin embargo, rechazaría de un modo concluyente— estaba fundado en la doble preocupación del psicólogo inglés doctorado con Wundt en Leipzig: por el problema de la inteligencia, y por el problema de la unidad de la psicología. En verdad, Spearman estaba preocupado por la unificación de las teorías de la inteligencia, y más ampliamente, por una teoría unitaria de los procesos cognitivos y conativos:

“Besides thus inspiring research for facts, our aim has been to arrange these when ascertained into one orderly intelligible system. This should embrace, not only all individual differences of cognitive ability, but also the whole general psychology of cognition, as well as its linkage to that of conation. And actually in the preceding volume the entire wealth of experimentally ascertained facts—even such of these as had been dis-

covered in ignorance of the said laws—does seem to have spontaneously fitted into such a unitary system without apparent remainder. In this way, it is hoped, a step has been achieved towards supplying psychology with a genuinely scientific foundation.” (Spearman, 1927/1932, p. 415).

En cualquier caso, García de Onrubia advertía que la posición de Spearman resultaba paradójica. Porque, de un lado, consideraba que el progreso de la psicología sólo podía lograrse a partir de una doble renuncia: a la fisiología y a la filosofía. Pero, del otro, mientras su teoría bifactorial—que en verdad era multifactorial—, implicaba una compleja teoría del psiquismo, que reintroducía problemáticas claramente filosóficas, entre ellas, la teoría de las facultades del alma, la equiparación de la energía mental con la energía física subyacente, transformaban la renuncia a la fisiología en algo “puramente nominal” (García de Onrubia, 1949, p. 109).

Lo interesante en la teoría de Spearman, era la posibilidad de articular, para las habilidades particulares, por ejemplo, lingüísticas, un factor general de la inteligencia, el célebre factor g, un factor específico, el factor s. Pero también Spearman había identificado otros factores, descuidados por García de Onrubia, como los factores de grupo, entendidos como aquellos que intervienen en varias habilidades de un mismo tenor: “*They [group factors] may be defined as those who occur in more than one but less than all of any given set of abilities*” (Spearman, 1927/1932, p. 82).

En cualquier caso, el balance que García de Onrubia realizaba sobre Spearman era concluyente: “el factor de Spearman es algo carente de toda realidad psicológica” (García de Onrubia, 1949, p. 76); “la psicología de Spearman parece cumplir puntualmente alguna de las más relevantes condiciones de la psicología explicativa que denunciara Dilthey ... el mecanicismo que inspira la psicología de Spearman nos parece indudable” (García de Onrubia, 1949, p. 103). Y finalmente: “El hombre cuya psique quiere estudiar Spearman es un hombre que buscaríamos sin éxito entre nuestros prójimos” (García de Onrubia, 1949, p. 113).

En consecuencia, para García de Onrubia, Spearman representaba un buen ejemplo de las psicología de laboratorio que Dilthey primero y los teóricos de la Gestalt después habían criticado. Pero ello no invalidaba el intento de alcanzar una teoría que fuera capaz de resolver la crisis de unidad de la psicología, al mismo tiempo que brindar los marcos para las operaciones de aplicación que crecientemente se le demandaban a la psicología.

Y en esa dirección, es posible que esa última característica centrada en el interés por una psicología aplicada constituyera la diferencia fundamental entre la generación de Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli y Luis Juan Guerrero, por una parte, y la de García de Onrubia, Luis María Ravagnan y Plácido Horas, por la otra. No resulta casual, entonces, que García de Onrubia continuó su trayectoria académica durante las décadas de 1970 y 1980 en la carrera de psicología de la Universidad de Buenos Aires, paralelamente al proceso de consolidación de una psicología profesional de orientación clínica y psicoanalítica, aun cuando sus posiciones comenzaran a ser crecientemente marginales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baumgart, C., Arnaud, B. C. de & Luzzani Bystrowicz, T. (198). La poesía del cuarenta. En AA.VV, *Historia de la Literatura argentina* (2ª ed.) (tomo 4, pp. 185-202). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Carilla, E. (1954). *Literatura argentina. 1800-1950 (esquema generacional)*. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras.
- Dagfal, A. (2002). La naissance d'une 'conduite à la française': de Ribot à Janet. *L'Évolution psychiatrique*, 67 (3), 591-600.
- Fraisse, P. (1970). French origins of the psychology of behavior: the contribution of Henri Piéron. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 6 (2), 111-119.
- García de Onrubia, L. F. de (1945). Sobre psicología concreta y antropología filosófica. *Logos*, 4 (7), 160-168.
- García de Onrubia, L. F. de (1949). *Ensayo sobre la teoría de la inteligencia de Spearman*. Bs. As.: Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Filosofía. Sección de Psicología
- García de Onrubia, L. F. de (1950). La crisis de la psicología y la teoría de la forma. En, *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía, Tomo II* (pp. 1367-1374). Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.
- García de Onrubia, L. F. de (1953). *Psicología Intencional*. Bs. As.: Facultad de Filosofía y Letras. Sección de Psicología. Monografías psicológicas N° 8.
- García de Onrubia, L. F. de (1954). Fenomenología de la emoción. Notas críticas sobre la teoría de Sartre. *Humanitas*, 1 (3), 213-217.
- García de Onrubia, L. F. de (1956). Freud y la psicología. *Jornada Médica*, 294, 686-688.
- García de Onrubia, L. F. de (1971). Epistemología de la Gestaltheorie. En D. Ziziensky (Ed.), *Métodos de investigación en psicología y psicopatología* (pp. 135-141). Buenos Aires: Nueva Visión.
- García de Onrubia, L. F. de (1979). Instauración y crisis de la observación en la psicología moderna. *Revista de Psicología*, 7, 23-33.
- García de Onrubia, L. F. de & Maci, L. D. de (1960). La irregularidad infantil por carencia afectiva. Observaciones en un internado. *Acta Neuropsiquiátrica*, 6 (3/4), 458-465.
- Ingenieros, J. (1919). Los estudios psicológicos en la Argentina. *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias, Educación*, 5, 229-241.
- Klappenbach, H. (1999). La recepción orteguiana, Alberini y la renovación de la psicología argentina a partir de los veinte. *Revista de Historia de la Psicología*, 20 (1), 87-95.
- Klappenbach, H. (2006). Periodización de la psicología en Argentina. *Revista de Historia de la Psicología*, 27 (1), 109-164.
- Márías, J. (1949). *El método histórico de las generaciones*. Madrid: Revista de Occidente.
- Piéron, H. (1958a). L'évolution du psychisme et l'étude objective du comportement. En, *De l'actine à l'homme. Études de psychophysiologie comparée* (pp. 5-22). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1908).
- Piéron, H. (1958b). L'attitude objective dans la psychologie moderne. En, *De l'actine à l'homme. Études de psychophysiologie comparée* (pp. 23-39). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1915).
- Piéron, H. (1958c). La psychologie comme science du comportement et le behaviorisme. En, *De l'actine à l'homme. Études de psychophysiologie comparée* (pp. 51-56). Paris: PUF. (Trabajo original publicado en 1927).
- Piñeda, M. A. (2005). El concepto de conducta y la psicología neoescolástica argentina: 1930 y 1960. *Revista Perspectivas en Psicología*, 2 (2), 89-97.
- Prieto, A. (1980). La generación del ochenta. Las ideas y el ensayo. En AA.VV, *Historia de la Literatura argentina* (2ª ed.) (tomo 2, pp. 49-72). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Razran, G. (1965). Russian physiologists' psychology and American experimental psychology: A historical and a systematic collation and a look into the future. *Psychological Bulletin*, 63 (1), 42-64.
- Ruiz, G., Sánchez, N., Gonzalo de la Casa, L. (2003). Pavlov in America: A Heterodox approach to the study of his influence. *The Spanish Journal of Psychology*, 6 (2), 99-111.
- Samelson, F. (1981). Struggle for scientific authority: the reception of Watson's behaviorism, 1913-1920. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17, 399-425.
- Sartre, J. P. (1940). *L'imaginaire. Psychologie phénoménologique de l'imagination*. Paris: Gallimard.
- Sartre, J. P. (1948a). *L'imaginaire. Psychologie phénoménologique de l'imagination*. Paris: Hermann.
- Sartre, J. P. (1948b). *L'imagination*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Spearman, C. (1932). *The abilities of man. Their nature and measurement* (2nd ed.). London: Macmillan. (Trabajo original publicado en 1927).
- Vilanova, A. (1995). Psicología argentina: un comienzo bifronte. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 41 (4), 322-325.
- Windholz, G. (1983). Pavlov's position toward American behaviorism. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 19 (4), 394-407.